



**POR ROBERTO AMPUERO
 ESCRITOR, EX MINISTRO
 Y EMBAJADOR.**

Misteriosas vueltas a la vida, y sorprendentes son los encuentros que nos ofrece. Desde joven me atrajo Vietnam, país con régimen de partido único, comunista, pero desde 1986 con una vibrante economía de libre mercado, no estatista. Todos hablan de la prosperidad de China, ese inmenso y apasionante país de 1.300 millones de habitantes, cuyo desarrollo actual se inició cuando en los setenta comenzó a implantar la economía de mercado. Entonces los comunistas -que habían tomado el poder en 1949- fueron convencidos por Deng Xiaoping de que si seguían con el estatismo leninista, sólo cosecharían más pobreza y subdesarrollo. Xiaoping inició las reformas privatizadoras que abrieron la puerta al capitalismo y la inversión extranjera, y que explican el imponente desarrollo de esa potencia.

Menos se habla de Vietnam, pues "sólo" tiene cien millones de habitantes. Inició su conversión al capitalismo (Doi Moi) en 1986, cuando captó que el comunismo soviético tenía los días contados por su ineficiencia. Gracias a ello salió de la hambruna que a menudo lo amenazaba y dejó de ser uno de los países más pobres del planeta. Durante veinte años imprimió un crecimiento económico promedio de 8,6%. Así redujo a la mitad la pobreza en que vivía 70% de su población y se transformó en una de las economías asiáticas más dinámicas. No hay otra ciudad en el mundo con tantos autos Rolls Royce con mascarilla de oro como Ciudad Ho Chi Minh (Saigón). La clave del éxito económico de Vietnam estuvo en que privatizó, atrajo inversión



¡Nguyen, mi amigo vietnamita!

extranjera y suscribió tratados comerciales. Vietnam exhibe también una admirable historia en la defensa de su independencia. Casi un milenio vivió bajo dominio chino sin perder su identidad, y ha vencido a todos los invasores. La última guerra no la libró contra Estados Unidos, como algunos creen, sino contra China. Fue en 1979, cuando expulsó de su territorio a las tropas del vecino, gran hazaña para un pueblo que cuatro años antes había derrotado a Estados Unidos.

En mi época de estudiante, cuando militaba en las juventudes comunistas y algo había leído, poco había vivido y nada había trabajado, asistí en las postrimerías de la Unidad Popular a una recepción masiva que la izquierda brindó a tres héroes vietnamitas en el Pedagógico de la Universidad de Chile, en Santiago. Se trataba de dos mujeres soldados y un artillero que había derribado a numerosos aviones que bom-

bardeaban su patria. Los tres me sorprendieron por su modestia, esbeltez, aspecto frágil, baja estatura y porque no dejaban de aplaudir y sonreír mientras pasaban entre quienes los aclamábamos. Pasaron junto nosotros, furibundos admiradores de Vietnam y la Unión Soviética (a China entonces la condenábamos, cual eco del Kremlin, por "revisionista"). La delegación se acercó a nosotros y tuve el privilegio de estrechar sus manos. Sin traductor, no pudimos hablar, así que aplaudimos y sonreímos como ellos. Eso fue en 1972.

Cuarenta años después, en 2012 (yo había renunciado a las JJCC en 1976, en Cuba, decepcionado del socialismo), llegué de embajador de Chile a México. Entre los embajadores que incluí en la visita inicial a colegas que hace todo embajador, me propuse saludar al de Vietnam porque en 2005 había visitado desde Estados Unidos su patria con mi esposa. La labo-

riedad, amabilidad, el humor, el espíritu emprendedor y la falta de rencor hacia sus antiguos enemigos, así como el vertiginoso desarrollo y la pujanza que le procuraba desde 1986 la economía de mercado, me dejaron impresionado. Visité, por lo tanto, al embajador Nguyen Van Hai en Ciudad de México. Vietnam agradecía mucho al presidente Piñera que hubiese reconocido, junto a otros países, a su bullante economía como de mercado, apoyo que precisaba para integrarse al comercio mundial y perfeccionar su reconversión capitalista. El embajador me recibió en su despacho hablando perfecto español. Conversamos sobre las relaciones bilaterales, y le conté sobre mi recorrido privado por su país con mi señora, y le narré mi saludo al condecorado artillero vietnamita en el Pedagógico.

-¡No puede ser, embajador-exclamó azorado.- ¡Ese soldado era mi padre! Mi padre,

gran héroe de la guerra, viajó a Chile para informar al gobierno de Allende sobre la guerra. Y volvió enamorado de Chile, recordando las montañas, el océano, la comida y el cariño de su gente.

-Fue una experiencia crucial para mí -comenté yo, maravillado.

-No sólo para usted y para él, también para mí -añadió el embajador-. Su eterna pasión por Chile me llevó a estudiar español y cultura latinoamericana, y a entrar después al ministerio de exteriores. Y aquí estamos, usted y yo, unidos por mi padre y nuestras historias personales, y la historia de nuestros países y del mundo.

Cuarenta años habían pasado desde que había estrechado la mano de su padre. En Chile vivíamos ya el caótico declive del gobierno de Allende, y Vietnam estaba por derrotar a Estados Unidos. Cuando saludé en México a su hijo, año 2012, el mundo había cambia-

do drásticamente: el comunismo se había desplomado, los regímenes de Vietnam y China se habían desembarcado de la economía estatizada y promovían la propiedad privada, la inversión extranjera y la apertura al mundo, y Vietnam era una de las perlas asiáticas por su dinamismo económico, y a Chile lo consideraban "el jaguar" del continente. Frente a Ciudad Ho Chi Minh (Saigón) me había tocado ver, en 2005, al primer portaaviones de Estados Unidos que arribaba a Vietnam desde el fin de la guerra. Afiches en inglés y vietnamita de la Juventud Comunista anunciaban en calles cursos para abrir empresas privadas y emprender. El restaurant más popular de la ciudad era un local donde había cenado Barack Obama durante una visita oficial. Uno puede ordenar allí lo más demandado, el "Menú Obama". Hoy el sitio, privado, desde luego, es además una suerte de pequeño museo con fotos y merchandise alrededor de la visita presidencial en las paredes. Vietnam no vive del resentimiento ni la obsesión de venganza ni siquiera contra Estados Unidos. No olvida su historia, eso sí, pero mira al futuro en busca de oportunidades y recibe a todos con los brazos abiertos y una sonrisa. Vietnam es hoy uno de los 40 países que dona alimentos a Cuba, lista encabezada por organizaciones estadounidenses que respaldan a familiares cubanos o simpatizan con el castrismo.

Con el embajador vietnamita terminamos amigos. Cuando en 2019 visité Vietnam como canciller, pudimos hablar sólo por celular pues él andaba en el extranjero. Cuando vuelvo a Vietnam o me reúno con diplomáticos vietnamitas, envío saludos a mi amigo Nguyen. Él es hijo de un país laborioso, bello, inspirador y admirable. Sus pragmáticos dirigentes impulsaron la exitosa conversión a la economía de mercado, Doi Moi del cual poco se habla aquí. A los queridos vietnamitas les deseo lo mismo que he deseado siempre para mi patria: Paz, prosperidad, libertad y democracia. ☞

